

## LA MORDIDA AL PANADERO

Como se acercaba la fiesta de carnaval, nos asignaron en la Escuela Secundaria de Paracho, Michoacán, a una güerita y a mi, disfrazarnos, ella de Colombina con su traje cortito como de ballet, medias y zapatillas blancas. Y yo, de Pierrot, vestiría una especie de batón blanco, con mangas largas y una gorra de picos. Mi cara podría ser con maquillaje de payaso o una perilla roja en la nariz. Los zapatos serían como los pudiera conseguir. Se lo comenté a mi mamá y coincidimos en los zapatos: negros, con una borla roja en la punta y ser de complemento si decidía o no, la perilla.

Por fin llegó el no deseado día del desfile en el parque. Pese a sólo haber salido del Internado Indígena "Vasco de Quiroga", donde vivía, ubicado enfrente, (nada mas cruzar la calle), sufrí lo indecible, pues el hijo del panadero se burló de mí, aduciendo, en su ignorancia, que mi disfraz era de mujer o mairiquita, así como que mis zapatos eran femeninos, con tacones de cinco centímetros de alto, (se refería a mis botas vaqueras que tanta curiosidad le causaron en su momento), y me agrió la tarde.

Pasada la marcha nos cambiamos de ropa. Dada la ubicación de mi domicilio fue muy fácil! y regresé pronto para atender una mesa de venta de dulces, una parte de mi comisión en el carnaval, ahora en la modalidad de kermés. Minutos después llegó mi compañera de equipo y detrás de ella, tal vez siguiéndola, el hijo del panadero, quien volvió al ataque directo, usando sus mismos argumentos. Traté de controlarme; pero el coraje me ganó y lo amagué con un desarmador. Entre carcajadas, en compañía de tres monos más, se fueron caminando, para dar vueltas por el parque. Así, en cada pasada, decía una idiotez respecto de mí anterior vestimenta y era festejado por sus acompañantes. De pronto la banda de guerra del Internado comenzó a ejecutar el toque de rancho. La tarde había caído. De seguro me dio idea de que las siete de la noche, hora de la cena. Maestros y alumnos de la se empezaron a dirigir al interior del mismo y yo aproveché para seguirlos.

Gracias a lo obscuro de la noche y mi velocidad, pude correr por dentro del corredor, para dar la vuelta hacia la derecha. Llegué a la esquina donde estaba mi departamento y a un lado dando vuelta, se hallaba la panadería. En el lugar de más penumbra, salté materialmente, con mis treinta kilos de peso, sobre el hijo del panadero y le mordí la ceja y parte del párpado del ojo izquierdo. Comenzó a gritar que yo lo estaba mordiendo. Lo solté y volví corriendo, por la misma ruta, hasta la puerta. Me incorporé al grupo de personas que iba entrando.

Con gran calma y control de mi respiración, aproveché para ser notado y así, disimular mi esfuerzo. De esa manera pregunté a varios si sabían el origen de los gritos.

---Está acusándote de haberlo mordido ---dijo Pedro, mi vecino. muchos se rieron con él.

---Ni que fueras brujo ---comentó Manuel, mi compañero, y se rieron varios más.

Mi víctima nunca pudo comprobar su acusación y lo reprendieron por levantar calumnias.

Ya me hizo muy famoso, pues a todo mundo dice estar convencido de que soy un sikuami, o brujo, en lengua purépecha. Y ahora si llegamos a cruzarnos, me basta mostrarle los dientes y se aleja, murmurando sikuami, sikuami... No me ha vuelto a molestar, ni sale solo de noche.

